

Norah Borges. Comparad ese nombre y ese grabado y si amáis la música diréis conmigo: Norah Borges. Es un ritmo perfecto; el nombre, la persona, la obra».

Con motivo de la publicación del primer libro de poemas de Jorge Luis Borges, *Fervor de Buenos Aires*, cuya cubierta ilustró Norah, Ramón Gómez de la Serna une a los hermanos por primera vez en una nota de la *Revista de Occidente* (Núm. X, Año II) de abril de 1924. En el artículo, el autor de las *Greguerías*, describe a una inquietante Norah que le descubre a su hermano un mundo imaginario y literario a través de los elementos que habitan en sus grabados: «...Jorge Luis se me presenta siempre unido a su hermana Norah, la inquietante muchacha con la misma piel pálida del hermano y como él perdida entre las cortinas, atisbando las cosas de la noble casa de los Borges, llena de cuadros, de perspectivas de salón, de espejos con lluvia, de candelabros a cuyas velas, en ratos efusivos y misteriosos, se asoman las llamas sin haberlas encendido.

Mientras Jorge Luis callaba, Norah Borges nos descubría esa casa de donde la muy unida y patriarcal familia Borges no salía nunca. En sus grabados en madera representaba Norah y nos confiaba sus tertulias con unas amigas que en la soledad cruzaban las piernas en T y enseñaban el torneado de la confidencia, dedicándose a jugar ajedrez moviéndose como un lento cotillón sobre el ajedrezado pavimento de las estancias, ¡niñonas solemnes!; los veladorcitos de ilusionista con tapetes de flecos, los maceteros que valen un jardín y una gruta, los sofás que se comen a la gente, las jaulas de los pájaros artificiales, las mesas del tresillo, mesas con chaleco y bolsillos de mesa en el chaleco.

Después, Norah nos hacía salir a esas terrazas en que suenan los pasos como en las habitaciones, como si la noche inmensa adquiriese profunda intimidad sobre ellas y fuese una habitación estrellada y encortinada de terciopelos frenéticos de caricias». (...)

Francisco Luis Bernárdez había vivido en España donde editó sus tres primeros libros: *Orto*, *Bazar* y *Kindergarten*. A su regreso a Buenos Aires en 1925, el poeta dirige la última etapa de *Proa*. Desde la revista, Bernárdez le dedica a Norah el poema «La niña que sabía dibujar el mundo»:

(...) Una vez a la ciudad aquella llegó una niña.
 Como la niña era buena se apiadó de aquella ciudad.
 Y comenzó a dibujar las estrellas.
 Dibujó millones y millones, sin cansarse.
 Eran unas estrellas infantiles, igualitas a las que subieron al cielo.(...)

Bernárdez enumera en sus versos los elementos clásicos que aparecen en los grabados de la artista:

Después dibujó la luna.
 Después dibujó las casas.
 Las hizo a su semejanza, es decir, modestas y tranquilas.
 Si le dibujó un patio abierto (...)
 Eran unas casas bajas y lisas (...)

Después dibujó las calles.
 Eran unas calles largas y rectas como el mástil de una guitarra.
 Dibujó muchachos como nosotros
 y muchachas como la novia de cada uno de nosotros.
 Como la niña era buena se las regaló a la ciudad aquella (...)

Así nació la Cruz del Sur.
 Aquella ciudad se llamaba Buenos Aires
 Aquella niña se llamaba Norah Borges.

Esta manera de citar los objetos dibujados por Norah, en los textos de Gómez de la Serna y de Bernárdez, tienen su correspondencia en un artículo aparecido años después en el diario *La Nación* de Buenos Aires, al que la artista tituló: «Lista de las obras de arte que prefiero»; en este texto Norah enumera aquellos objetos que serán los iconos permanentes de su obra y sus artistas preferidos a modo de un museo imaginario.

El itinerario artístico de Norah está siempre próximo a su vinculación con los escritores que ella admira, los recorridos de su vida artística parecen dirigirse por dos caminos distintos: por un lado la ilustración de la palabra y por el otro, su mundo más privado y silencioso reservado a la pintura.

En 1928, «la niña que comenzó a dibujar las estrellas», en palabras de Francisco Luis Bernárdez, es agasajada con otro poema del escritor mexicano Alfonso Reyes, que compartió con los hermanos Borges una evocadora amistad. Siendo embajador en Buenos Aires le dedica a Norah el poema «Norah jugando a las estrellas», que transcribe Ramón Gómez de la Serna en su monografía sobre la artista:

(...)
 Golosa de las letras
 que pintan las estrellas,
 del Alfa y de la beta
 las lumbres secretas.

(....)

Tanta luz, que se borra de mi vista.
 Tan candoroso afán, que ya es travieso.
 Temo que mi canción no lo resista,
 y a tan delgado peso
 no encuentro libra fiel, Norah. Por eso
 es mejor que desista.

Concha Méndez Cuesta, activa poetisa de la vanguardia española, publica en 1930, *Canciones de mar y tierra* en Buenos Aires, con un prólogo de Consuelo Bergés, quien ese mismo año había dedicado en la *Gaceta Literaria* de Madrid un artículo a una exposición de Norah Borges; en ese permanente diálogo que la artista celebra con los escritores de su generación, Norah ilustra el libro y la poetisa le dedica un poema cuyo título es «Estadio»:

Morena de luna vengo
 teñida de yodo y sal.
 Allá quedó el mar de plata,
 sus barcas y su arenal.

En el Estadio me entreno
 al disco y la jabalina.
 Al verme jugar, sonríen
 las aguas de la piscina.

Y el viento –gran volador–
 sale a la noche vestido
 de teniente aviador.
 –En las sienas se me clavan
 latidos de su motor....–

¡Yo quisiera que bajara, ay, que bajaran
 al estadio las estrellas,
 con discos y jabalinas,
 y poder jugar con ellas!

Concha Méndez Cuesta, como lo señala Juan Manuel Bonet en el *Diccionario de las Vanguardias en España*, «en su primera juventud compaginaba la literatura con la natación, el patinaje y otros deportes...»

Norah Borges, casada con Guillermo de Torre desde 1928, viaja a Europa nuevamente en 1932 para instalarse en Madrid hasta el estallido de la Guerra Civil. Joaquín Torres García en *Historia de mi vida*, describe la casa

de la pareja en la capital española: «Aquella casa es un oasis en Madrid, por su espíritu moderno antiburgués, sin mácula de tradición de anticuario que suele verse en otras».

Norah ha traído de Buenos Aires grandes lienzos para su casa, destinados especialmente para la exposición individual que realizará en el Museo de Arte Moderno de Madrid, muestra que recibe elogiosas críticas de Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Francisco Mateos y Eduardo Westerdahl.

De regreso a Buenos Aires, los tiempos de la vanguardia han quedado atrás. Su pintura recrea los temas que descubrió durante la juventud, quizás más desolados, a veces metafísicos, inscriptos en algunos casos en esa atmósfera de realismo mágico que muchos tardaron en reconocer.

Sin embargo, Norah aún es la musa de quienes la vieron crecer en el mundo del arte. Ramón Gómez de la Serna, le dedica una *Monografía de Arte de la Serie Argentina* de la Editorial Losada en 1945.

El autor rescata en el texto a la Norah recién llegada a España tras finalizar la Primera Guerra y su vocación y pertenencia a los movimientos artísticos de las primeras décadas del siglo; Ramón intuye que la pintora ha dejado de ser la artista admirada que fue en los años veinte y treinta frente a las corrientes plásticas que se imponen en Argentina. Un año antes de la publicación del libro de Gómez de la Serna, el arte argentino asiste al nacimiento de la revista *Arturo*, otro movimiento de vanguardias surgido en el país y que trae consigo la abstracción geométrica.

Fiel a su musa, Gómez de la Serna cuestiona a quienes no comprenden en ese momento la obra de Norah Borges: «...Conociendo la gran variedad de su obra no representan sólo a dos niñas, como a los que han visto dos o tres cuadros suyos, sino un mundo de mujeres y jóvenes de perfil y de frente que forman como el largo cuadro apaisado de la galería de una generación.

La perspectiva de Norah Borges es extensa porque ve el mar cuando está mirando la tierra y ve la tierra de dentro cuando está mirando el mar.

Yo siempre he visto en la aparente simplicidad de Norah su profunda estrella, su estar viendo un más allá amoroso como la conjunción de la brújula con la rosa de los vientos.

¿De qué sonreís vagamente? De que veis el estremecimiento vibrante de la aguja imantada en su hora de pasión con la rosa extática al fin lograda.

(...) A veces estas pinturas fueron anónimas y entonces la hipocresía humana hizo dengues y pucheros por no haber podido conocer a sus autores, ramas perdidas del gran árbol genealógico de la pintura.

Aprovechemos que está entre nosotros Norah, identificados sus momentos, jalonado su soñador destino y no escatimemos el homenaje por esa audacia de su modo de ver, destacado entre lo mediocre o lo consabido.»

Sin duda Norah fue la musa permanente de su hermano Jorge Luis. El escritor postergó hasta el año 1977 su tributo, dedicándole un texto que lleva como título el nombre de la artista que había inspirado tan intensamente a otros escritores y poetas. Norah acompañó a su hermano a lo largo de todo su camino literario, ilustrando desde el primer libro *Fervor de Buenos Aires* de 1923, hasta una obra que reúne los poemas del escritor en torno a un recuerdo común de adolescencia, *Adrogué* de 1977, la localidad bonaerense en la que pasaron tantos veranos juntos.

Norah, fue editado por la Editorial II Polifilo de Milán, en una edición de sólo quinientos ejemplares. En él se reúnen quince litografías de la artista y el prólogo de Jorge Luis, fechado en julio de 1974 y en el que confiesa: «...Escribir este prólogo ha sido para mí una suerte de necesaria felicidad. Mucho le debo a Norah, más de lo que pueden decir las palabras, menos de lo que pueden significar una sonrisa y el compartido silencio».